

Enealdo
12 año .

Antony Bevor
La guerra civil española

Traducción de Gonzalo Pontón Gómez

CRÍTICA

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Octo Ltd., 2005
© por la traducción, Gonzalo Pontón Gómez, 2005
En colaboración con Editorial Planeta, S. A.
© Critica, S. L., 2005
Avinguda Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Ilustración de la cubierta: Soldado republicano a punto de lanzar una granada
(3 de junio de 1938) © Hulton – Deutsch Collection / Corbis
Primera edición en Colección Booket: junio de 2011
Segunda impresión: septiembre de 2011
Tercera impresión: septiembre de 2013
Cuarta impresión: septiembre de 2014

Depósito legal: B. 31.922-2011
ISBN: 978-84-08-10385-1
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

La guerra civil dentro de la guerra civil

La evolución política del PCE y del PSUC durante la guerra civil no puede comprenderse bien sin entender el enorme condicionamiento a que les sometía el estalinismo. Por eso el PSUC, esclavo de la lógica paranoica de la Comintern, había exigido el 24 de noviembre la desaparición del POUM del gobierno catalán, donde estaba representado por Andreu Nin como *conseiller* de Justicia, argumentando que no se podían tolerar por más tiempo las constantes acusaciones de «contrarrevolucionario» que los pounmistas hacían al gobierno catalán, ni tampoco los ataques contra las purgas de Stalin que se estaban llevando a cabo en la URSS y que *La Batalla* no dejaba de denunciar, porque podían enajenar la ayuda de la Unión Soviética a la República española. Companys, que deseaba contar con un gobierno fuerte, que impulsiera de una vez su autoridad, abrió la crisis el día 12 de diciembre y el 16 se formó el nuevo gobierno de la Generalitat, del que desapareció Nin y fue sustituido por el comunista Rafael Vidiella. La CNT, que estaba a la defensiva ante los ataques de Comorera contra sus comités de defensa y la Junta de Seguridad, se allanó a la remoción de Nin y consiguió cuatro *consellers* en el nuevo gobierno (uno más que en septiembre).¹

Hacia finales de abril una serie de acontecimientos encadenados hizo estallar la tensión tanto tiempo acumulada. El día 24 el comisario de Orden Público Eusebi Rodríguez Sallas *el Manco*, ex anarquista y ex pounmista, ahora militante del PSUC, sufrió un atentado del que salió ileso, pero al día siguiente el destacado dirigente de la UGT Roldán Cortada fue

asesinado en Molins de Rei. El PSUC organizó un entierro multitudinario que se convirtió en una protesta contra la CNT y que el POUM se apresuró a tildar de «manifestación contrarrevolucionaria».²

Rodríguez Salas desencadenó una *razzia* en el bastión anarquista de LHospitalet de Llobregat en busca de los asesinos de Cortada. Los carabineros enviados por el gobierno de la República para hacerse cargo del control de la frontera francesa, que hasta entonces estaba en manos de los milicianos, chocaron con los militantes anarquistas en Belver de Cerdanya y mataron a Antonio Martín *el Cojo de Málaga*, presidente del comité revolucionario de Puigcerdá.³ El 29 de abril grupos de la CNT-FAI recorrían Barcelona armados con fusiles y bombas de mano. La Generalitat, con el acuerdo de la CNT y de la UGT, canceló las celebraciones del 1.º de Mayo por temor a que estallara el conflicto. El 2 de mayo *Solidaridad Obrera* pidió a los trabajadores que no se dejaran desarmar bajo ningún concepto. «Las nubes de tormenta se cerrían, cada vez más amenazadoras, sobre Barcelona.»⁴

El lunes, 3 de mayo, el gobierno de la Generalitat, lanzado a la dinámica de recuperar todas las parcelas de poder que había ido perdiendo desde el 19 de julio de 1936, decidió hacerse con el control del edificio de la Telefónica en la plaza de Cataluña. Aunque la central estaba dirigida por un comité mixto de la CNT y la UGT al que asistía nominalmente un delegado del gobierno catalán, los anarquistas la consideraban, desde que se habían apoderado del edificio el 19 de julio, una *chasse gardée* que, entre otras cosas, les permitía controlar todas las comunicaciones telefónicas que entraban y salían de Barcelona. Ni Azaña ni Companys podían hablar sin ser escuchados.⁵ Abad de Santillán defendería más tarde el derecho de los anarquistas a intervenir las llamadas telefónicas de las personas «que conspiraban para reducir los derechos del pueblo».⁶

A las tres de la tarde, siguiendo instrucciones del *conseller* de Seguridad Interior, Arteni Aiguader, que no es creíble que ac-

tuara por su cuenta, el comisario de Orden Público Rodríguez Salas llega al edificio de la Telefónica con tres camiones de guardias de Asalto debidamente armados. Sorprenden a los centinelas y los desarman pero, cuando se precipitan al interior del edificio, les para en seco una ráfaga de ametralladora que les llega desde un piso superior. Los anarquistas hacen disparos de alerta desde las ventanas y en pocos minutos las noticias del incidente recorren los barrios obreros de la ciudad. Dionisio Eroles, dirigente de las patrullas de control, se presenta en la Telefónica para convencer a los guardias —infructuosamente— de que abandonen el edificio sitiado. En cuestión de horas comienzan a arrancarse adoquines en Las Ramblas, el Paralero, la Ciutat Vella, la Vía Layetana y también en los barrios periféricos de Sants y Sant Andreu. Las tiendas empiezan a cerrar; los tranvías dejan de circular. Las fuerzas gubernamentales, el PSUC, la Juventud Socialista Unificada, la UGT y algunas gentes de Estart Català, por un lado, y los comités de defensa confederal, las patrullas de control, las Juventudes Libertarias, el POUM, las Juventudes Comunistas Ibéricas (organización juvenil del POUM) y Los Amigos de Durruti, por otro, se van a enfrentar en las calles.

Los dirigentes de la CNT acuden al palacio de la Generalitat para entrevistarse con Companys y el primer *conseller*, Josep Tarradellas, a quienes piden la dimisión inmediata de Aiguader y Salas con el fin de calmar los ánimos, pero tras una maratónica reunión, que acaba de madrugada, las negociaciones. Llegan a un punto muerto. Mientras tanto, el comité regional de la CNT ya ha declarado la huelga general para el día siguiente.

La red de barricadas que se levanta en Barcelona el martes, día 4, recuerda a muchos los días de la Semana Trágica de 1909; a todos, el escenario del mes de julio anterior. Grupos de obreros reparten armas tras los parapetos mientras otros se afanan en preparar los edificios para la defensa; vehículos con los conductores sabidos anagramas recorren las calles a toda velocidad para guarecerse de los disparos de los francotiradores; las ambulancias, con grandes cruces rojas, empiezan a evacuar a los primeros heridos; hasta los dirigentes de la CNT han sacado a las

calles las viejas camionetas con blindaje casero del mes de julio anterior. Se lucha en el Paralelo, en el paseo de Colón, en el Pla de Palau, junto al parque de la Ciudadela, en el Born, en las estaciones de Francia y del Norte, en torno al edificio de la Generalitat... Desde los hoteles Colón y Victoria los guardias disparan contra la Telefónica. Las fuerzas del gobierno y del PSUOC ocupan tan sólo algunas zonas del centro, mientras que los anarcosindicalistas y sus aliados controlan la mayor parte de la ciudad, así como los pesados cañones de Montjuic.

Cuando los guardias de Asalto tratan de tomar un edificio, les recibe una rociada de balas. Por toda la ciudad resuenan los ecos de los disparos intermitentes sobre los tejados o desde los balcones repletos de sacos terreros. La ciudad es un mar de ruidos y confusión. «De vez en cuando —dice Orwell— las ráfagas de fusilería y de ametralladoras se confundían con la explosión de las granadas. Y a largos intervalos oíamos explosiones tremendas que, en aquellos momentos, no me sabía explicar; sonaban como proyectiles aéreos, pero era imposible porque no se veían aviones. Más tarde me dijeron —y quizá era cierto— que agentes provocadores hacían estallar grandes cantidades de explosivos con el fin de aumentar el ruido y el pánico.»⁷

A media tarde llegan a Barcelona Juan García Oliver y Mariano R. Vázquez, *Marrinet*, secretario nacional de la CNT, con Carlos Hernández Zancajo y Mariano Muñoz Sánchez, dirigentes de la UGT, enviados por el gobierno de Valencia para tratar de hallar una salida a la gravísima situación que está poniendo a la República en la picota de toda la prensa conservadora europea. Se reúnen en seguida con el gobierno de la Generalitat, que, por defender el principio de autoridad, sigue oponiéndose a la dimisión de Aiguader y Rodríguez Salas. Compañys les dice que ante el cariz que han tomado los acontecimientos no ve otra opción más que pedir a Valencia que tome cartas en el asunto, pese a que ello supone devolver el control del orden público al gobierno central y, seguramente, el fin de la Conselleria de Defensa que había constituido la Generalitat saltándose el Estatuto. Los dirigentes anarquistas hacen un lla-

maniento por radio pidiendo el alto el fuego⁸ mientras Abad de Santillán parlamenta con las patrullas de control. Aquella misma tarde, reunido el Consejo de Ministros en Valencia, se decide nombrar delegado del gobierno en Cataluña al coronel Escobar (que no podrá tomar posesión de su cargo al resultar gravemente herido) y se nombra jefe de la Cuarta División Orgánica al general Sebastián Pozas, con mando sobre todo el frente de Aragón.

La Humanitat, el periódico de Esquerra, afirmaba ese mismo día que «el gobierno [...] se dispone a operar sobre el cuerpo vivo del país y a eliminar todas las llagas peligrosas. Que persista el gobierno en su tarea. Que persista porque tras él [...] está toda Cataluña». *La Batalla*, el periódico del POUM, sostenía que el mejor modo de defenderse era atacar: «Es preciso exigir y obtener la anulación de los decretos de orden público adoptados por la reacción y el reformismo. [...] Es preciso que la clase trabajadora, manteniéndose en actitud de movilización y de ofensiva, imponga la formación del Frente Obrero Revolucionario y proceda a la inmediata organización de los Comités de Defensa de la Revolución.»

El miércoles, día 5, tiene lugar una nueva reunión de los dirigentes anarquistas con Compañys y se llega a una solución de compromiso en virtud de la cual se forma un nuevo gobierno del que se excluye a Aiguader. Pero la tensión en las calles no decrece. Aquel mismo día, a la una de la tarde, es asesinado el secretario general de la UGT de Cataluña, Antonio Sessé, que se dirige en su coche a la Generalitat para tomar posesión de su nuevo cargo de *conseller* de Defensa. Más tarde aparecen los cadáveres de los anarquistas italianos Camillo Berneri, que había sido profesor de filosofía en Florencia hasta la ascensión de Mussolini y era redactor del periódico anarquista *Guerra di classe*,⁹ y de Franco Barbieri, así como el de Francisco Ferrer, nieto del pedagogo del mismo nombre fusilado en Montjuic por los hechos de la Semana Trágica, y Domingo Ascaso, hermano del héroe anarquista que había perecido el verano anterior en el asalto al cuartel de Atarazanas. Las clases medias y altas de Barcelona, ajenas a la batalla, hartas de disturbios y de

tiros, sólo quieren que la situación termine de una vez y que se imponga la autoridad. Azaña, que vive en el palacio del Parlamento catalán y conoce bien a la mesocracia catalana, escribe: «La gente común, el vecindario pacífico [suspira] por un general que mande, y se lleve la autonomía, el orden público, la FAI, en el mismo escobazo.»¹⁰

El gobierno central recurre a Federica Montseny y la envía a Barcelona para que haga un llamamiento por radio exhortando a sus correligionarios a que abandonen las armas: «Se arrancó diciendo que llevaba la representación del Gobierno y de la CNT y rogaba que *depusiesen su actitud* [sic] los rebeldes y los camaradas guardias, que se repararían los agravios, etc.», nos cuenta, mitad divertido mitad irritado, Azaña.¹¹ Los libertarios no «deponen su actitud» y Federica Montseny tiene que rendirse a la evidencia de que hay que restablecer el orden por la fuerza. «Fueron aquéllos los días más terribles y amargos de mi vida», dirá muchos años después.¹² A Largo Caballero la situación tampoco le es propicia. Necesita a la CNT pero los hechos de Barcelona han proporcionado a los comunistas munición de gran calibre. No tiene más remedio que enviar a la capital catalana, por tierra y por mar, guardias de Asalto, de Seguridad y carabineros para poner orden. Como los disturbios se han contagiado a Tarragona, Tortosa y Amposta, la columna de 1.500 guardias de Asalto que ha sido retirada del frente del Jarama se encargará, camino de la Ciudad Condal, de restablecer la tranquilidad.

Ese mismo día, un grupo de unos 1.500 a 2.000 miembros de la columna Roja y Negra, de la 127 Brigada, de la 28 División y de la Lenin del POUM, abandonan el frente para dirigirse a Barcelona, pero son contenidos en Binéfar por fuerzas de aviación al mando del teniente coronel Reyes. A todos se les convence al final para que vuelvan a sus puestos, cosa que harán, no sin antes descargar su furia contra Barbastro y otros pueblos aragoneses.¹³

Mientras tanto, también han llegado a Barcelona los destructores *Lepanto* y *Sánchez Barcáiztegui* con fuerzas de Marina para tratar de evacuar al presidente Azaña, quien se halla aisla-

do en el edificio del Parlamento catalán y tiene que asistir, entre enojado y reneroso, no sólo a los disturbios, sino a la imposibilidad de ejercer su función institucional de jefe del Estado, que le llevará a amenazar veladamente con presentar la dimisión al presidente de las Cortes.¹⁴ Hidalgo de Cisneros, con dos escuadrillas de cazas y dos bombarderos, vuela a Reus «para emprender operaciones contra la región en el caso de que los insurrectos ganaran».¹⁵

Durante este día se distribuye por las barricadas la célebre octavilla de Los Amigos de Durruti que reprodujo al día siguiente *La Batalla*. La octavilla fue redactada tras una reunión con la ejecutiva del POUM a las siete de la tarde del día 4.¹⁶ Estaba dirigida genéricamente a los «trabajadores» y en ella se pedía: «Una Junta revolucionaria. Fusilamiento de los culpables. Desarme de todos los cuerpos armados. Socialización de la economía. Disolución de los partidos políticos que hayan agredido a la clase trabajadora», y se invocaba: «No cedamos la calle. La revolución ante todo. Saludamos a nuestros Camaradas del POUM que han confraternizado en la calle con nosotros. Viva la Revolución social. [...] ¡Abajo la contrarrevolución!»¹⁷ Aquella misma tarde, la CNT y la FAI desautorizaran la octavilla de Los Amigos de Durruti.

Al atardecer del jueves, 6 de mayo, la CNT-FAI, tras desmarcarse públicamente de los *erragés* (Los Amigos de Durruti, las Juventudes Libertarias y el POUM), propone un pacto al gobierno. Ofrece desmontar todas las barricadas y que se regrese inmediatamente al trabajo a condición de que los guardias de Asalto se retiren y no se produzcan represalias. La Generalitat responde positivamente a las cinco y cuarto de la mañana siguiente: *Solidaridad Obrera* hace un llamamiento general: «¡Camaradas de la fuerza pública, a vuestros cuarteles! ¡Camaradas de la CNT, a vuestros sindicatos! ¡Compañeros de la UGT y del PSUC, igualmente a vuestros centros! Que todo sea paz.» *El Noticiero Universal*, filocomunista, hace referencia a la octavilla de Los Amigos de Durruti y señala a los que, en su opinión, tienen la culpa de todo: «Trabajadores de Barcelona, compañeros de la CNT, no hemos de malgastar ni un minuto más; hay

que acabar con el trotskismo criminal que desde sus periódicos sigue incitando a los antifascistas de Cataluña a que se mantengan entre sí.» *Treball* pide también que todos vuelvan al trabajo, pero ya adelanta la política que va a seguir su partido: «El trotskismo criminal, atizador e inductor de discordias y sabotajes en el país amigo y hermano de la URSS, ha clavado sus garras en Cataluña y ha pretendido ahogarla en sangre y llenarla de vergüenza.»

El 7, viernes, llegan a Barcelona 150 camiones con los 5.000 guardias de Asalto, Seguridad y carabineros enviados por el gobierno central. El comité regional de la CNT lanza un comunicado radiofónico pidiendo que todos colaboren al restablecimiento del orden público y, aunque se produce algún disparate aislado, las barricadas comienzan a ser demolidas.¹⁸ Pero el PSUIC y los guardias de Asalto no abandonan sus posiciones en el centro y desencadenan una violenta represión contra los libertarios, a quienes detienen y rompen públicamente sus carnetes sindicales. La CNT no ha conseguido ni siquiera una victoria pírrica, mientras que los comunistas se han hecho con las armas que necesitan contra Largo Caballero. La prensa comunista empieza a comentar indignada «los hechos de Barcelona» y a pedir que se castigue ejemplarmente al POUM. El correspondiente de *Privada* en Valencia afirma que los trabajadores anarquistas han sido engañados por los agentes provocadores trotskistas-fascistas, mientras que el periódico controlado por el PSUIC, *La Rambla*, da cuenta de la inmediata expulsión del POUM de la UGT. «Se ha restablecido la normalidad. Puestos en evidencia los provocadores, es preciso que todos los proletarios piensen en la necesidad imperiosa y urgente de ganar la guerra. Han sido expulsados de la central sindical [la UGT] los dirigentes del POUM y todos los militantes del mismo partido: que hayan tomado parte en el movimiento subversivo.» *La Batalla* dice: «La clase obrera quiere, ansí, la normalidad. Pero no la normalidad que quieren la burguesía y el reformismo, sino la que garantice sus posiciones y su avance hacia la victoria en la guerra y el triunfo de la revolución. Para que esta normalidad sea posible, la clase trabajadora exige: la

retirada de la fuerza pública de la calle. La clase trabajadora debe conservar las armas.»

A partir del sábado día 8, Barcelona se fue recuperando paulatinamente de aquel enfrentamiento que había causado centenares de muertos y heridos,¹⁹ y terminado para siempre con el ideal de la unidad republicana contra el fascismo. Había llegado la hora de señalar culpables y el POUM los encontraba en el reformismo (el PSUIC) y en la burguesía (la Esquerra). Decía *La Batalla*: «En esta situación, exacerbados los ánimos del proletariado, un hecho como el del asalto de la Telefónica tenía que colmar forzosamente la medida. Y así fue. Es inútil que el reformismo y la burguesía traten de desviar la cuestión de las responsabilidades. Estas caen íntegramente sobre ellos.» La agrupación de Los Amigos de Durruti saldaba cuentas con la CNT y distribuía por las calles un «manifiesto a los trabajadores» en el que se decía, entre otras cosas: «Es inconcebible que los comités de la CNT hayan actuado con tal timidez que llegasen a ordenar "alto el fuego" y que incluso hayan impuesto la vuelta al trabajo cuando estábamos en los lindes inmediatos de la victoria total. [...] Tal conducta ha de calificarse de traición a la revolución.»²⁰

Los «hechos de mayo» no se desencadenaron sólo por el asalto al edificio de la Telefónica, como decía el POUM. Una cosa es la chispa y otra la fuerza de los gases. Éstos, tanto tiempo acumulados y comprimidos, fueron los que estallaron dramáticamente en unos momentos en que la euforia inicial por haber parado el golpe fascista y haberle dado una respuesta revolucionaria tenía que haberse reconvertido ya en frialdad y cálculo para hacer frente a los requerimientos de una guerra larga. Que ésta lo sería lo habían entendido muy bien los nacionales cuando, días antes de los hechos de mayo, habían unificado todas las fuerzas políticas (las militares ya lo estaban) bajo el mando único de Franco. En mayo, en Barcelona, afloraron todos los problemas que en julio habían sido dejados momentáneamente de lado, y todas las frustraciones de los antifascistas:

La militarización a regañadientes de las milicias no había servido para ganar ni una sola batalla: el sacrificio de los principios anarquistas de la CNT entrando en el gobierno de Largo Caballero no sólo no había servido para impulsar la revolución, sino que ni siquiera había logrado alimentar y abastecer adecuadamente a una población en guerra; la lucha entre establecer una dirección compartida pero centralizada o dejar amplia autonomía de actuación a los grupos políticos, tanto en el terreno económico como en el militar, había acabado con todos los esfuerzos por vertebrar una República que se enfrentaba a su posible desaparición.

Por otra parte, las amenazas estalinistas contra el POUM y los anarquistas, y la discriminación que sufrían sus unidades en otros frentes en cuestiones de armamento y suministros, no podían sino crear hondas sospechas, que el ataque por sorpresa a la Telefónica no hizo más que incrementar. Ciertamente, las escandalosas mentiras comunistas que siguieron a los hechos de mayo, acusando al POUM y a los anarquistas de estar conchabados con el enemigo, confirmaron los peores temores de éstos. La paranoia estalinista hacia sus rivales iba *in crescendo*. Uno de los representantes de la Comintern informó de que los sucesos de Barcelona no eran más que un *putsch*: afirmaba que existían «documentos muy interesantes que demuestran la conexión de los trotskistas españoles con Franco. [...] Los preparativos para el *putsch* empezaron ya hace dos meses. Eso también está demostrado». ²¹ La paranoia y la persecución de los rivales de Stalin se había extendido por España, aunque algunos historiadores rusos han sostenido recientemente que lo que sucedía en España también sirvió para acelerar «la máquina de picar carne» del Gran Terror cuando los asesores que estaban en España y de quienes sospechaba el NKVD regresaron a la Unión Soviética.

El enfrentamiento en las calles de Barcelona se saldó, al fin, con el fortalecimiento de la unidad para el esfuerzo de guerra, el restablecimiento de la disciplina militar y social y el control de la producción y el comercio por parte del Estado, lo que significaba, alternativamente, el final del sueño revolucionario anarquista, con el insalvable divorcio entre la dirección y las

bases más radicalizadas, el adiós a la dictadura del proletariado del POUM y el principio de la centralización y el control del ejército y la economía.

Otra de las consecuencias importantes de los hechos de mayo fue que posibilitaron la reconstrucción de la administración de justicia en Cataluña, dotando rápidamente las vacantes de jueces de instrucción y jueces municipales. Ya a finales de abril el *conseiller* de Justicia, Joan Comorera, había establecido los tribunales populares especiales de Cataluña, que complementaron los jurados de urgencia y los tribunales de guardia. Pero a partir de junio de 1937 se creó el Tribunal especial de espionaje y alta traición por decisión del ministro de Justicia Manuel de Irujo, con una jurisdicción especial para Cataluña, que prácticamente coincidió con la creación de los tribunales especiales de guardia por un decreto de presidencia del gobierno. Estos tribunales, que dependían únicamente del Supremo, se alejaban cada vez más de la justicia popular y se parecían cada vez más a tribunales militares. Fueron estas instancias las que iniciaron la persecución del POUM y de la CNT en su búsqueda de «responsables» de los hechos de mayo, represión que se recrudeció contra la CNT tras el atentado fallido contra el presidente de la Audiencia territorial de Cataluña, Josep Andreu i Abelló, que tuvo lugar en agosto. ²²

La represión judicial de los responsables de los hechos de mayo y sus secuelas llevó a las cárceles catalanas, hasta enero de 1939, a 3.700 «prisioneros antifascistas», de los cuales el 90 por ciento eran de la CNT, el 4 por ciento del POUM y el 3 por ciento del PSUC y de la UGT. Los tribunales especiales que juzgaron a la mayoría de estos presos se pronunciaron por la liberación de los detenidos en un 57 por ciento de los casos, mientras que los tribunales populares absolviéron o pusieron en libertad al 94 por ciento de los procesados. ²³ Con todo, las dos primeras galerías de la cárcel Modelo estuvieron repletas de «presos antifascistas» (procesados o no) hacia finales de 1937. También hubo muchos presos políticos, encarcelados junto a los comunes, en locales del DEDHE, primero, y del SIM, su sucesor; después, como fueron el Palacio de las Misiones, el Preventorio C (el «Semi-

nario»), el Preventorio G (convento de las Damas Juanas) o la cárcel del Estado de la calle Deu i Mara. Sin olvidar los campos de trabajo que se habían creado por un decreto de García Oliver en diciembre de 1936, y que llegaron a contar quizá con 20.000 presos repartidos entre el del Pueblo Español (Montjuïc), Vandellós y L'Hospitalet de l'Infant, Omells de Na Gaia, Concabella, Anglesola y Falset.²⁴

Como no podía ser de otro modo, las fuerzas protagonistas de las jornadas de mayo trataron de explicarlas según la posición final en que quedaron, culpando del desastre a las demás y buscando la clave de todo lo sucedido en «el agente provocador» que las habría desencadenado. «La provocación para el POUM proviene de Moscú vía PSUC; para el PSUC, de Berlín vía POUM; para la CNT, de un complot catalanista en París; para Franco, de trece de sus agentes en Barcelona.» Desde luego que para la Comintern el agente provocador no podía ser otro que el POUM, a quien culpaba de haber urdido una «conjuración fascista» y llevado a cabo un «putsch anarcotrotskista», lenguaje y acusaciones que no eran más que la proyección de la mentalidad que estaba conduciendo a los juicios farsa de Moscú, pero que los asesores soviéticos trataron de utilizar como base desde la que orquestar montajes similares en España. La interpretación conspiratoria que daban a los hechos los comunistas era completamente fantástica; que Franco se jactara ante Von Faupel de que los responsables del inicio de los disturbios habían sido 13 agentes suyos²⁵ no era más que un recurso ventajista que utilizaba el Caudillo para impresionar a sus aliados alemanes.

Por otra parte, los anticomunistas encontraron el agente provocador en el PSUC, que habría estado planeando cuidadosamente la toma de la Telefónica con el fin de que estallara una revuelta y disponer, así, de la excusa para acabar con sus enemigos. El momento era perfecto para los comunistas, ansiosos por desembarazarse de Largo Caballero y anhelantes por destruir el poder de los anarquistas en Cataluña, que estimaban se estaba debilitando rápidamente. Pero, de haber sido una provocación calculada de los comunistas, éstos no habrían actuado sin res-

paldo. Habrían reunido cuidadosamente a sus contingentes para poder aplastar la revuelta y aparecer así como los salvadores de la República. (Según Companys, el 3 de mayo no había en Barcelona más que 2.000 policías armados.) Lo que vio el PSUC, en seguida, fue la posibilidad de utilizar los hechos de mayo contra sus adversarios anarquistas y pounistas y arrebatárselos las máximas parcelas de poder. En consecuencia, la radio y la prensa de la CNT fueron censuradas, al igual que las publicaciones del POUM, con lo que no pudieron responder a la batería de acusaciones e improperios comunistas que proclamaban que «los trotskistas han sido obligados a retirarse ante la aplastante fuerza de la clase obrera catalana» y que ésta, indignada, «pedía justicia».

El POUM fue acusado de espionaje y de ser el agente provocador de los fascistas. Se le acusó, además, de planear el asesinato de Prieto y del general Walter, comunista, «uno de los comandantes más populares del ejército español». El descaro de las mentiras propaladas por los agentes de la Comintern hizo que la gente se las creyera, porque pensaban que aquellas enormidades no podía inventárselas nadie. Jesús Hernández, el ministro comunista que se volvería contra el partido después de la guerra, llegó a decir disparates tan despectivos para la gente como que ellos podían hacer creer a todos lo que les diera la gana, aunque fuera, por ejemplo, que Largo Caballero, Prieto, Azaña o Durruti eran unos traidores.

Aún no se habían enterrado los fusiles en Barcelona cuando José Díaz anunció la estrategia de su partido, que consistía en derribar a Largo Caballero y exterminar al POUM: «[Unos] se llaman trotskistas. Es el nombre bajo el cual trabajan muchos fascistas emboscados; que hablan de revolución para sembrar el desconcierto, y yo digo: si esto lo saben todos, y lo sabe también el gobierno, ¿qué hace el gobierno que no los trata como a tales fascistas y los extermina sin consideración?», y añadía que en los procesos de Moscú los trotskistas habían declarado que actuaban en combinación con Hitler, bajo la dirección de Trotski.²⁶ Estas palabras revelaban la decisión comunista de organizar un espectacular proceso contra el POUM.

En la reunión del Consejo de ministros del 13 de mayo, el ministro comunista, Uribe, siguiendo las órdenes de Moscú, pidió la supresión del POUm y la detención de sus dirigentes. Largo Caballero se negó diciendo que no legalizaría un partido de la clase obrera contra el que no había ninguna prueba. Los ministros anarquistas le apoyaron y acusaron a los comunistas de provocar los hechos de Barcelona. Uribe y Hernández abandonaron el Consejo, seguidos por los socialistas Prieto y Negrín, el nacionalista vasco, Irujo, Álvarez del Vayo y Giral.²⁷ Largo Caballero se quedó solo con los cuatro ministros anarquistas y dos de sus viejos colegas socialistas. Así las cosas, y por sugerencia de Prieto, llevó la crisis al presidente de la República, pero éste, que había sido informado por Giral de que los socialdemócratas y los liberales apoyarían a los comunistas en el próximo consejo, le confirmó en su puesto y le dijo que siguiera con los planes para la ofensiva de Extremadura proyectada para mediados de mes. La prensa anarquista se unió a sus dirigidos en apoyo a Largo Caballero y su «firme y justa actitud, que todos elogiamos». Pero sólo ella. Largo Caballero no había medido bien el alcance de su aislamiento.

Cuando Azaña pidió a Largo Caballero que continuase al frente del gobierno, éste sabía que no iba a poder tejer la cesta de un nuevo ministerio con los mimbres de que disponía. Regresó por lo tanto a la idea de formar un gobierno de base sindical, en lo que parecía un remedo del Consejo de Defensa Nacional que habían propuesto los anarquistas en el anterior mes de septiembre, con Largo Caballero a la cabeza y el grueso de los ministerios repartido entre la UGT y la CNT. Largo Caballero ya había despolvado la idea en febrero, cuando había empezado a alarmarse ante el crecimiento de la influencia comunista, y entonces Azaña había rechazado agríamente la propuesta. Pero ahora la espada de Damocles de la continuidad de la ayuda rusa hacía la proposición impracticable. Por otra parte, Largo Caballero no estaba dispuesto a abandonar el Ministerio de la Guerra, como quería Stalin, porque creía firmemente que su presencia en él era el último valladar ante las presiones comunistas. El 17 de mayo, Largo Caballero dimitió

ante lo que fue, en realidad, la culminación de una larga crisis de su gobierno. Se suele decir que los orígenes de la crisis ministerial de mayo de 1937 se remontan al levantamiento de 1934 y que Largo Caballero no fue destruido sólo por la perfidia o la voracidad del PCE, sino también por el ala reformista del PSOE.²⁸

Los comunistas, mientras tanto, se habían aproximado a Negrín a finales del año anterior y conocían su disposición a aceptar el cargo de jefe del gobierno. Prieto y los republicanos liberales apoyaron también la candidatura de Negrín y el presidente Azaña le encargó, con un suspiro de alivio, que formara gobierno el 17 de mayo. La composición de este gobierno era la siguiente: Juan Negrín (presidente del Consejo y Hacenda); Indalecio Prieto (Defensa); Julián Zugazagoitia (Gobernación); Jesús Hernández (Educación y Sanidad); Vicente Uribe (Agricultura); José Giral (Estado); Bernardo Giner de los Ríos (Obras Públicas); Manuel de Irujo (Justicia); Jaime Aiguadé (Trabajo y Asistencia pública). En cuanto el jefe del Estado publicó el nombramiento de Negrín, la CNT recuperó su discurso más radical: «Se ha constituido un gobierno contrarrevolucionario.»²⁹

El sistema de gobierno de la República se había convertido en lo que Negrín y los comunistas llamaron «democracia controlada», lo que venía a significar un gobierno desde arriba en el que los dirigentes de los principales partidos negociaban entre ellos la distribución de los ministerios. En condiciones de guerra, el debate político se había hecho muy difícil y el contacto entre los dirigentes y la base de los partidos era casi inexistente. Azaña había denunciado contundentemente la ausencia de debate interno y sus resultados:

El Parlamento, muy a mi pesar, no funciona. Cuantas veces le he dicho al Gobierno que convenía convocarlo, ha ido difiriéndolo; yo no tengo potestad para convocarlo personalmente. [...] Tampoco hay prensa. Los periódicos parecen escritos por la misma mano; no imprimen más que diatribas «contra el fascismo internacional» y seguridades de victoria. [...] Ni asomo de indicaciones

políticas útiles. Los partidos tampoco funcionan, fuera de recollectar prosélitos de cualquier manera, y de toda procedencia, y de repetir lugares comunes sobre «la revolución». Todos hablan de revolución. Diríase que no hay ya partidos diferentes, ni clases. [...] Así todos los elementos del juego político [...] están en suspenso o han desaparecido.³⁰

A Negrín se le suele presentar o bien como una marioneta de Moscú o bien como un hombre que, acuciado por la necesidad, trató de cabalgar el tigre comunista por el bien de la República española, pero ambas interpretaciones son engañosas. Juan Negrín López había nacido el 13 de febrero de 1892 en el seno de una familia acomodada de Las Palmas de Gran Canaria, y en su juventud había mostrado sus simpatías por el movimiento autonomista canario y con las ideas federalistas del PSOE.³¹ Estaba convencido de sus propias capacidades, y todo parece indicar que se sentía insatisfecho ante los fáciles éxitos que había conseguido en su carrera profesional. En 1906 había ido a Kiel y Leipzig para estudiar medicina y fisiología, y a partir de 1916, de regreso a España, dirigió el Laboratorio de Fisiología General creado por la Junta de Ampliación de Estudios. En 1922 fue nombrado catedrático de fisiología de la Universidad de Madrid (la cátedra que había sido de Ramón y Cajal) con sólo veintinueve años.

Muy pronto empezó a introducirse en política y en seguida se vio también que su talento era mucho mayor que el de los políticos profesionales. Fue elegido diputado en la legislatura de 1931 (las Constituyentes) por Las Palmas, y de nuevo en 1933 y 1936 por Madrid. En todos sus discursos pronunciados en las Cortes aparece profundamente comprometido con un régimen republicano progresista.³²

Como otros muchos hombres que son conscientes de sus propias aptitudes, Negrín creía firmemente en la jerarquía, era autoritario y no le temblaba la mano a la hora de decidir qué era lo mejor para los demás. Los círculos oficiales de Londres y Washington aplaudían las credenciales de Negrín y su «mano de hierro». Su gabinete, que no contenía más que dos ministros

comunistas, ambos con carteras menores, fue elogiado por Churchill por su «defensa de la ley y el orden» y por su dureza con los comunistas y los anarquistas. Pero Negrín estaba dispuesto a todo con tal de ganar la guerra y ello le llevó, como a Largo Caballero, a estrechar cada vez más sus relaciones con Rusia, única proveedora de armas de la República, y con el PCE, que, por su profesionalidad y disciplina, era el partido más afín a la propia personalidad de Negrín. En el toma y daca Negrín tuvo que tragar muchos sapos y aceptar decisiones de los asesores rusos y de los comunistas españoles que, tal vez, no le gustaban, pero lo cierto es que no logró controlar a la policía secreta de Orlov, se inhibió en el asunto Nin, y casi siempre les dio carta blanca.

Entre las primeras medidas que tomó el gobierno Negrín figuraron, a petición de los comunistas, la modificación de la estructura del Consejo de Aragón y la supresión de los consejos de Información y Propaganda y de Orden Público, cosa que la CNT tuvo que aceptar.³³ El 11 de agosto el Consejo de Aragón fue disuelto y las colectividades existentes quedaron abandonadas a su suerte. Muchos militantes anarquistas que habían desempeñado labores en el departamento de Orden Público fueron perseguidos y un año después Joaquín Ascaso fue expulsado de la CNT. El gobierno acordó, asimismo, el cierre del periódico del POUM *La Batalla*, y el 16 de junio el POUM fue declarado ilegal.

Tras habilitar los cuarteles Lenin como cárceles de «trotskistas», disolver la 29 División Lenin por la fuerza y detener a su jefe, el coronel Rovira, los servicios secretos soviéticos y las fuerzas de seguridad de la República iniciaron la caza de los dirigentes del POUM. El mismo día 16 de junio la policía detuvo a Nin y a Julián Gómez, *Gorkin*, Enric Adroher, Jordi Arquer y otros dirigentes del POUM. Las detenciones se hicieron con todos los visos de legalidad, porque las órdenes iban firmadas por el jefe superior de Policía, pero en seguida se hicieron cargo de los detenidos los servicios de seguridad soviéticos, que se los llevaron a Madrid, a la checka de la calle Atocha, que estaba instalada en una iglesia. A Nin se le separó de sus compa-

ñeros desde el momento mismo de la detención, se le trasladó a Madrid y, desde allí, a Alcalá de Henares, donde fue interrogado por la policía secreta los días 18, 19 y 21 de junio.

Pese a las torturas de Orlov y sus hombres, Andreu Nin negó firmemente toda complicidad en el espionaje fascista y cualquier cosa que pudiera relacionarle con la «N» que, escrita en tinta simpática, aparecía al dorso de un plano cuadrículado de Madrid, hecho por el arquitecto Golfin, que habría servido presuntamente para dar indicaciones a la artillería rebelde. Sacado irregularmente de la prisión de Alcalá, fue llevado a un pequeño chalet de las afueras de la ciudad, propiedad de Consuegra de la Mora, que iba a ser escenario de uno de los montajes estalinistas más chapuceros que se conocen. Un grupo de soldados alemanes de las Brigadas Internacionales sin distintivos, aparentando ser hombres de la Gestapo, penetraron de repente en el chalet con la intención de «rescatar» a Nin. En el forcejeo de los presuntos nazis con los guardianes de Nin cayó oportunamente al suelo, una cartera que contenía documentación alemana, unas insignias falangistas y billetes de banco de los nacionales. Todo aquello estaba destinado a «demostrar» a posteriori que habían sido «los amigos» de Nin (es decir, los fascistas) los que habían rescatado al preso para llevarlo a sus líneas. A las pintadas que aparecieron por todas partes preguntando: «¿Dónde está Nin?», los estalinistas añadían: «En Salamanca o en Berlín» en chusco parado.

Los dirigentes del PCE llegaron al extremo de dar esta versión increíble como la verdad oficial del partido. Hasta *Mundo Obrero* publicó una fábula según la cual Nin, tras ser liberado por falangistas, estaba en Burgos.³⁴ El grupo de «raptores» estaba compuesto, en realidad, por miembros de la policía secreta de Orlov, que asesinaron a Nin y enterraron el cadáver en algún lugar de Alcalá de Henares que sigue sin ser descubierto.

A pesar de las presiones que se produjeron en la España republicana y de las peticiones que llegaban desde el extranjero, el gobierno de Negrín, que obviamente no podía dar crédito a la versión de los comunistas, no hizo nada cuando éstos afirmaron no tener noticia del paradero de Andreu Nin. Aquella acti-

tud vergonzosa abrió para siempre una terrible divisoria en el nuevo gobierno. A un lado, Negrín y los comunistas; al otro, Zugazogitia e Irujo. Cuando Negrín le contó la fábula a Azaña, el viejo zorro republicano no se creyó ni una palabra: «¿No es demasiado novelesco?»³⁵

Con la distancia que da el tiempo sobre el ambiente de los procesos de Moscú o de España en 1937, se nos hace difícil entender cómo alguien pudo creer las acusaciones de fascismo que se lanzaron contra el POUM y cómo el gobierno de la República no puso fin a la guerra sucia que llevaron a cabo los estalinistas contra los seguidores de Nin, a quienes secuestraron, torturaron y ejecutaron en una muerte anónima.³⁶ Hasta Prieto, que había apoyado a Negrín y los comunistas contra Largo Caballero, empezó a volverse en su contra.